

Torcuato Luca de Tena

Con su "A B C," ha obtenido
triunfo grande y merecido;
y escritor y periodista,
ahora parece embebido
en doctorarse de artista.

20 cts.



LA SOMBRA DE DON JUAN

El tenorismo, en verano, no solamente vive, sino que, además, reina. La prueba de ello está, lo mismo en lo fundamental que en lo accesorio, bien fehaciente. Podríase decir de él, sin miedo á caer en exageración, que llevaría al error, que es lo único que, en los años que corremos, rige con violencia la vida... de los hombres, por supuesto. El ser tenorio es, en algunos, la razón de su existencia en estos días y, á buen seguro, de los días venideros, porque excusado es decir que el mañana no es más que la resultante obligada del hoy, pues nótrese siempre, siempre con su recuerdo.

Los tenorios de profesión me inspiran un gran desprecio por querer manchar el sentimiento más noble de los humanos. Y para ello siguen la máxima del santo de Loyola de llegar al fin sin reparar en los medios; máxima que, cuando es la bondad la que la dicta, es hermosa; pero que cuando es, en cambio, la maldad la que la inspira, merece ser con extraordinaria dureza condenada. Pues el tenorio, el tenorio de profesión, la abraza con gran cariño, porque en ella no ve más que la justificación del insano sentimiento que alberga en su alma, que sabe de todas las traiciones y de todas las maldades... El tenorio, en ningún caso puede ser noble, porque sus actos no son, nunca, nacidos del amor. En cuanto fuese el amor el que se los dictase, serían ajenos al tenorismo y, por lo tanto, mucho más elevados.

Yo, en cierta ocasión, pude ser víctima de uno de esos tenorios de profesión, trotacalles y salpicahonras. Llamábase el tal sujeto Alleix ó Malleix... Bueno. El apellido, que jamás ilustró ninguna guía de nobleza, no hace al caso. El tal trotacalles sempiterno y salpicahonras en ocasiones, tenía un aspecto ridículo. Era bajo, de contextura disforme, y las piernas, al andar, le temblaban, le temblaban como si en vez de huesos, de nervios y de vasos musculares, tuviera borra de algodón. Pues el tal Alleix ó Malleix, además de tener una cara de la que se asustó su propia hija tanto que se murió, y de la que las hay vivas, por no seguir la suerte de aquélla que por miedo convirtiéndose en fiambre, huyen, tenía una nariz de urraca y una barba rala de usurero ó de mercader judío, era de una atmósfera moral tan enrarecida que á su lado no podfase respirar primero, y luego, los pulmones acababan por enfermar. Este sujeto era un tenorio. Por tenorio, según me han contado, estuvo procesado. El caso de ese procesamiento... el de siempre; el caso, ya olvidado de puro sabido, de querer una honra con ayuda de cierta zurcidora de voluntades y amañadora de gustos.

Pues este tropiezo, de consideración, en su carrera de tenorio no le hizo pensar en lo peligroso de tal profesión. Y siguió, siguió. Las modistillas le temían y la mayoría de las mujeres le odiaban. Jamás tuvo un bello gesto ni un ademán

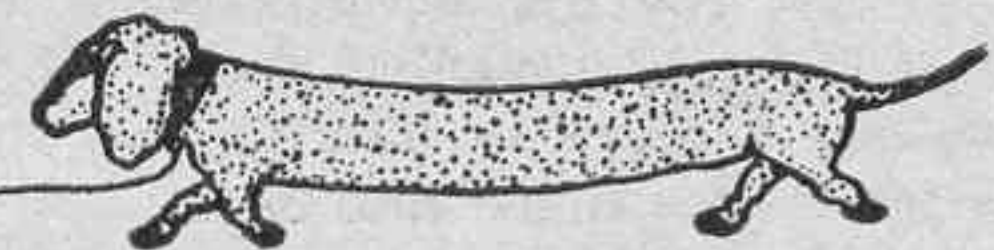
altivo. De su situación económica no hablemos. Mostró ser rico y aún tiene inédito el momento de encender un cigarro con un billete de mil pesetas; quiso ser galante, y lo burdo de su espíritu lo llevó á la grosería, en cierta epístola no digna de figurar entre las célebres de Fadrique Méndez... Cierta amigo mío, escritor meriísimo é ironista consumado, llama á este sujeto Cosme, el magnífico. Esta ironía es, aquí aplicada, como un descabello á pulso.

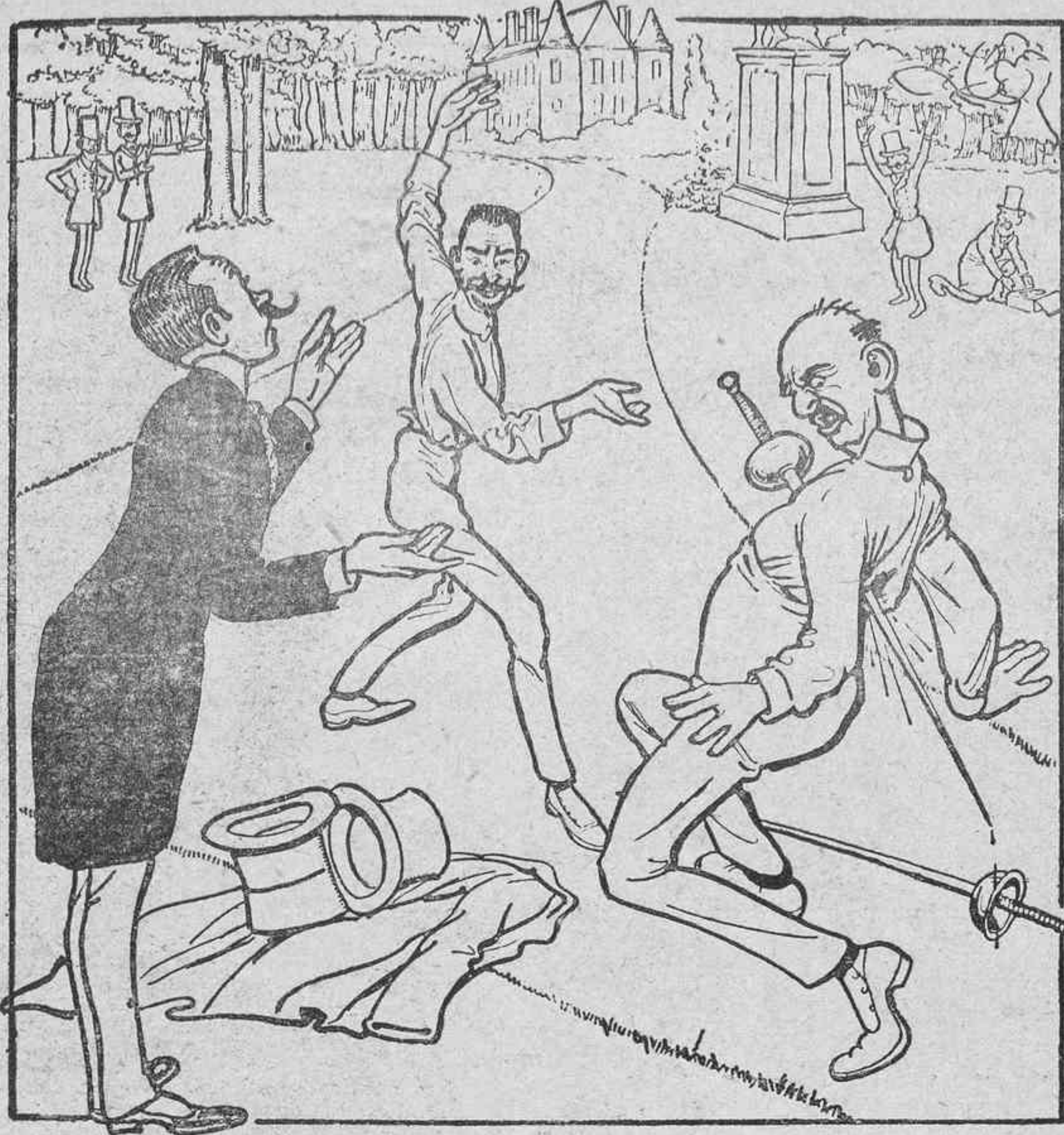
No crea nadie que porque he dicho que en cierta ocasión pude ser víctima de sus acechanzas tenoriescas le conservo odio. A mí, el odio, me lo inspira quien vale algo ó quien algo representa. La nada no hace nacer en mí sentimiento alguno, porque no existe sentimiento, por pequeño que éste sea, que no se asiente sobre algo que, directamente, ha actuado sobre la sensibilidad humana. El hecho que he narrado del señor absurdo que he procurado retratar, me ha servido sólo para hacer consideraciones generales acerca de ese morbo llamado tenorismo, que corroe muchas inteligencias, y que si no acaba, á veces, con las rentas pingües de capitales fabulosos, consume, en cambio, siempre, siempre, el caudal exiguo de la salud. En el individuo de que trato no se ha dado el caso de ceder en sus pretensiones de tenorio, con sus ochenta años que lleva á la espalda. Y no es que me ría de la vejez, no. Los años son respetables y respetados cuando la persona que los lleva los dignifica. De la otra manera, cuando los arrastra por prostíbulos, entre maldad y entre vicio, son bien despreciables... Pues el señor Alleix ó Malleix—el exacto apellido no lo logra aprehender mi memoria—, aun después de haber tenido en su arriesgada profesión, mucho más arriesgada que la de sismólogo, no lleva camino de curarse, antes al contrario, quiere, y en este deseo pone gran empeño, que la enfermedad que padece sea tan crónica como esa otra que le obliga á pasear su cuerpo ridículo y su cara absurda por los balnearios de los Pirineos.

¡Pobre señor, este señor Alleix, consumido en amor sin sentir el verdadero amor! Porque ni aun las mujeres con que se ha casado le han podido aguantar: una se murió del horror que le causó verle en la intimidad, y la otra, de más vigor físico, sin duda, se ha separado de él. Y en esto ha tenido castigo la perversidad de Cosme, el magnífico; única ironía que le cuadra, pues hace el efecto, como he dicho, de un descabello á pulso.

El tenorio de profesión no merece un acre comentario aunque sí una gran lástima. En los momentos en que cada uno se pregunta el objeto de su existir, ¿qué pensarán? ¿á qué lugar llevarán su mente encenagada en el vicio y en la maldad? Porque si sus ansias las asientan sobre el amor, se equivocan. Amor no es instinto, por ser todo, todo, absolutamente todo, espíritu.

Luciano de Taxonera.





—¿Amigo mío, amigo mío!... Usted no conoce las reglas de la esgrima. Yo le aconsejo á su adversario que ejerza su derecho de no considerarse como tocado.

EL PAPÁ DE LA CARMEN

ENTREMÉS RÁPIDO

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Se puede entrar?

—Adelante.

—¿Qué desea usted?

—Primero,

nada más que saludarle.

—Muchas gracias. ¿Y segundo?

—Pues que me ha dicho la Carmen que viniera á verle.

—¿A verme?

¿Para qué?

—Para rogarle que me deje hablar con ella por las noches.

—Por mi parte no hay inconveniente alguno para que ella y usted hablen hasta que Dios amanezca, siempre y cuando que no armen mucho ruido.

—Nada de eso; no, señor. (Caray, qué amable! No sé por qué me habrá dicho que es una fiera su padre.) De modo que usted nos deja que hablemos...

—Sí, señor; hablen todo lo que gusten. Pero con tal que no se propasen...

Vamos, usted ya me entiende.

—¿Pero iba yo á propasarme?

¡No en mis días!

—¡Ni en sus noches tampoco!

—¿Qué duda cabe!

—Lo digo porque es muy justo que el vecindario descanse.

—¡Naturalmente!

—De modo que ustedes verán lo que hacen.

—Hablar.

—Ya me lo figuro.

Pues bien, nada; por mí, charlen toda la noche, si gustan. Yo no soy ningún salvaje para oponerme á esas cosas tan justas y naturales en dos jóvenes.

—Mil gracias.

(¡Vaya un suegro más amable!)

—¿Son ustedes novios?

—¡Claro!

¿No se lo ha dicho la Carmen?

—¿A mí? No, joven. ¿Y para qué había de molestarse?

Yo no acostumbro meterme nunca en la vida de nadie, ni me importan dos cominos esas interioridades...

Ya voy para Villavieja; pero he sido joven antes, ¡claro!, y hablé con mis novias á la puerta de la calle.

De modo que si no gritan ustedes, y con dejarme que duerma tranquilamente, ¿qué me importa á mí que hablen ó dejen de hablar?... Por cierto que no sé por qué la Carmen le ha imbuído á usted la idea de venir á consultarme.

Si fuera una de mis hijas...

—¿Pero no es usted su padre?

—¿Quién, yo? No, señor.

(¡Canastos!)

¿Conque no es usted don Angel de la Guarda?

—Me parece que está usted algo *mochales*, pollo. El señor que usted dice, no soy yo.

¿No es usted sastre?

—Vaya, usted me ha confundido con el papá de la Carmen.

—(¡Caracolitos!)

—Pues hombre;

¡sí que tiene gracia el lance!

¡Ja, ja, ja!...

—¿No es éste el cuarto?...

—¿Cuál? ¿Dónde habita la Carmen?...

No, señor; este es el piso bajo de la izquierda.

—(¡Diantre!)

—Y ella vive en el de enfrente.

Por lo visto, usted no sabe ni en dónde tiene la mano derecha, pollo.

—(¡Canástoles!)

—Ya decía yo: este joven, ¿por qué vendrá á preguntarme si puede hablar con su novia?

—¡Claro! No siendo su padre, no tenía que pedirle permiso á usted.

—No le hace;

porque como el cuarto de ellos no tiene reja á la calle, y ustedes (según las trazas) van á hablar aquí, ya sabe lo que le he dicho: que, como lo hagan alto ó se propasen, cuente usted con que les tiro cualquier cosa.

—(¡Qué salvaje!)

—Santo y bueno que les deje por las noches arrimarse junto á mi reja, pues creo (¡digo yo!) que ya es bastante; pero que ustedes me impidan dormir tranquilo en mi catre, por una causa ó por otra, ¡que lo tolere su padre, porque eso ni yo lo aguanto ni lo aguantaría nadie!...

¡Que les conste! Y le suplico me haga el favor de dejarme ya en paz, y arregle esas cosas con el papá de la Carmen.

He dicho. Y muy buenas noches, ¡y ustedes verán lo que hacen!

—(¡Qué bárbaro! Y, al principio, me pareció tan amable...

¡Lo mejor será que hablemos sin que se entere su padre!)

TELÓN LENTO

Carlos Miranda.

HACIENDO EL ARTÍCULO



—¡¡Oste ser un pintamonas!!
—¿Quiere el míster que le haga su retrato?



El Ayuntamiento de Granada piensa sustituir el nombre de Zorrilla por el de un político local, en una de las calles granadinas. Bien, á mí me parece un acuerdo digno de cualquier junta de rabadanes concejiles. Eso enseñará á los poetas que viven á no tener vanidad.

Porque los poetas son unos animales tan vanidosos como las lindas hembras; tienen pueriles y encantadoras coquetearías ante el público, gustan de aparecer como seres de excepción, coquetean con sus neurastenias y sus amoríos, y cuando se les muere su madre suelen alegrarse porque hallan ocasión de escribir una bella elegía. Un poeta os odiará siempre si le preguntáis su edad, igual que cualquier solterona crepuscular. Quieren ser bellos, valientes y conquistadores. Su oído necesita el incienso del elogio como una linda mujer. Quien les adule será su gran amigo; al que les detenga al borde del ridículo donde les empuja su delirio de vanidad, le odiarán á muerte ó le creerán envidioso de su gloria.

Y esto os lo aseguro que yo que soy poeta.

Y, sobre todo, la gloria, ¿no será esta una palabra vacía de sentido? La gloria, ¿puede llevar un divino resplandor de alegría á nuestro corazón, ó será un mentiroso espejismo en cuyo seno hay una frialdad más triste que la muerte? Yo he leído que Goethe hubiera cambiado su gloria secular y universal por la vida vulgar y desconocida de Kæsner, el preferido de Carlota Buff, esa bella sombra romántica que pasa por las páginas inquietantes del Werthex.

La gloria es una amante fría, cruel como una vampiresa, sin calor de humanidad; su corazón no es una llama de amor ni una fontana de ternura y, según los horribles sacrificios que exige y lo que tarda en llegar al ardiente conjuro, parece que tiene preferencia por los cadáveres. ¡Cuánto pálido loco se ha dejado morir por esta hermética y glacial beldad inaccesible, mientras, liviana y banal, quizá se entregaba á cualquier logrero ó á cualquier distinguida medianía!

Bandelaire decía: «Odio á esa diosa prostituta desde que la he visto saltar alegremente con ciertas gentes á quienes desprecio.» Y Bandelaire fué un verdadero príncipe del ideal.

Sus flancos no se curvan jamás maternalmente, ni de sus senos brota el inefable manantial de la vida. Lleva en sí la maldición de la esterilidad. Cuando á un artista se le consagra es que ya no se espera nada de él. La gloria es la última página de su vida; después es como un muerto, ó como un académico; ya no se le discute, ni se espera con encanto su nueva obra, ni siquiera se habla mal de él.

Como esta deidad esquiva suele presentarse rara vez á sus alucinados adoradores, casi ninguno le ha visto el rostro y

la confunden con la popularidad, su democrática hermana. Amando á la señora sólo consiguen yacer con la criada y suelen quedarse tan contentos.

Pero los que la han visto alguna y conocen el dulzor de sus labios, los verdaderos grandes, esos la desdeñan olímpicamente.

Una vez se habló de coronar á Campoamor y él se negó con una sonrisa amable y escéptica, tan llena de la sabiduría del vivir: *Tengo el honor de despreciar la gloria*, había dicho en uno de sus poemas, y continuó sus melancólicas paseatas por las alamedas del Retiro, como un apacible burgués.

Su gloria, sin embargo, durará mientras no se transforme el alma humana en virtud de un estupendo cataclismo. No tuvo coronación con gran espectáculo, no hubo banquetes, discursos ni orfeones. No hubo sonetos alusivos, sueltos en los periódicos ni velada en el Ateneo; pero si quieren saber de su gloria, interrogad á cualquier corazón femenino.

Puede que la tan deseada no sea más que un espejismo que hace delirar á los tristes locos del arte. Y, á veces, gasta unas bromas tan acerbas y tan desgarradoras, ¿os acordáis dónde apareció la áurea corona de Zorrilla, el insigne, después de su muerte? En una vitrina de una nefanda casa de préstamos.

Rueda es el único coronado de los de ahora. A él le gustaba mucho lo que á mí me parecía un suicidio. Publicó en la portada de un libro su retrato, con la corona puesta, y esto tiene algo de neurosis aguda.

Porque, ¿creen ustedes que el acto de su coronación tuvo la solemnidad de todo un pueblo pasando ante el cadáver de Hugo, por el Arco del Triunfo? ¿Tendría la infinita emoción de esa lámpara maravillosa, que lucirá mientras exista en el mundo un solo italiano, sobre el sepulcro del Dante, con una ramita, que es como el alma ardiente y artista de la vara?

Pero, en fin, la felicidad no es un valor absoluto, es más bien una sugestión. Sí, eso le encanta á Rueda... pero yo lo lamento porque le estimo y le creo un buen poeta.

Y al cabo, esto puede que sólo sea un vasto manicomio donde unos orates se ponen togas severas, pintorescas bandadas y vistosas cruces, ó bien abigarradas capas pluviales. ¿Qué tiene de raro que otro loco corra por esas calles en posesión de una corona de laurel?

Emilio Carrere



El brazalete

Con un libro cerrado entre sus manos, Elena, recostada en la *chaisse-longue*, dormitaba.

—Moría la tarde.

Los objetos, como para hacerse olvidar, desaparecían poco á poco en la penumbra. Parecían retirarse discretamente, temiendo turbar la intimidad del gabinete, iluminado únicamente por la escasa luz que entraba de la calle.

De pronto, el libro cayó al suelo.

Elena, sobresaltada, despertó. Arregló un poco su peinado, descompuesto durante aquellas breves horas de sueño, é hizo sonar un timbre.

Una doncella apareció en la estancia.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿No ha vuelto el señor aún?

—Todavía no, señora.

—Está bien. Vete.

Al encontrarse sola de nuevo, Elena murmuró:

—Las ocho y todavía no está aquí. ¿Qué hace? ¿Dónde está? Todos los días en cuanto almuerza se va y vuelve tarde, á la hora de comer. No; no puedo continuar viviendo de esta manera. No me siento con valor para seguir sufriendo.

A pesar suyo, Elena miró instintivamente hacia el pasado. El recuerdo de la felicidad desaparecida renacía en su espíritu tan vivamente como el primer día.

Recordaba aquellas conversaciones sostenidas á solas con él, en las que se revelaba su única preocupación de vivir dichoso cerca del ser amado, haciéndole participar de su amor.

A este pensamiento lágrimas abundantes brotaron en sus ojos. Se había casado con un marido por inclinación. Una fuerza irresistible la había llevado hacia aquel hombre de ojos tristes y soñadores.

Al principio, Alberto no pudo creer en una pasión tan sincera, é hizo todo lo posible por hacer desaparecer lo que él tomaba por capricho de una niña. Pero esta reserva no produjo otro efecto que aumentar la pasión de Elena, haciéndola más insinuante y persuasiva.

Durante todo el tiempo que duraron sus relaciones, ningún disgusto turbó su felicidad. Los dos habían acabado por comprenderse, y á los pocos meses se amaban con locura.

Roberto, para complacer á su mujer, gastó mucho.

Misteriosamente solía depositar un estuche sobre la chimenea, y cuando, sorprendida y dichosa, él la estrechaba entre sus brazos, su corazón rebotaba de alegría.

Mas esta felicidad duró poco.

Alberto había comprometido en un negocio toda su fortuna y gran parte de la de su mujer.

El negocio fracasó.

Era necesario conservar su posición y no perder sus relaciones. Sobre todo, era preciso ocultar el desastre á Elena.

Después de mucho trabajo encontró un puesto en una casa comercial que le ocupaba durante la tarde.

Todos los días formaba el firme propósito de confesar la verdad á su mujer; pero cuando se disponía á hablar, deteníase, no atreviéndose á abrir la boca.

Elena continuaba sumida en sus reflexiones, cuando la puerta del gabinete se abrió y entró Alberto. Sin decir una palabra miró á su mujer y se sentó frente á ella.

Elena le dirigió una severa mirada.

—Al fin estás aquí—dijo con voz seca.

Alberto no respondió.

—¿Alberto!—exclamó Elena—, Alberto; quiero conocer la causa de tu cambio conmigo. Necesito una explicación; me la debes.

El, absorto, como perseguido por una obsesión, siempre silencioso, alzó los hombros. Hacía seis meses que todas las tardes pasaba lo mismo entre los dos.

Un temor inexplicable y una melancolía recíproca los había separado.

Elena continuó fríamente:

—¿Es que no has escuchado mi pregunta? Espero que me respondas... Defiéndete, por lo menos... Busca una excusa.

Y al dirigirle, altiva, la mirada, vió que los ojos de Alberto se llenaban de lágrimas.

—¿Lloras?...—exclamó ella, enterrecida súbitamente.

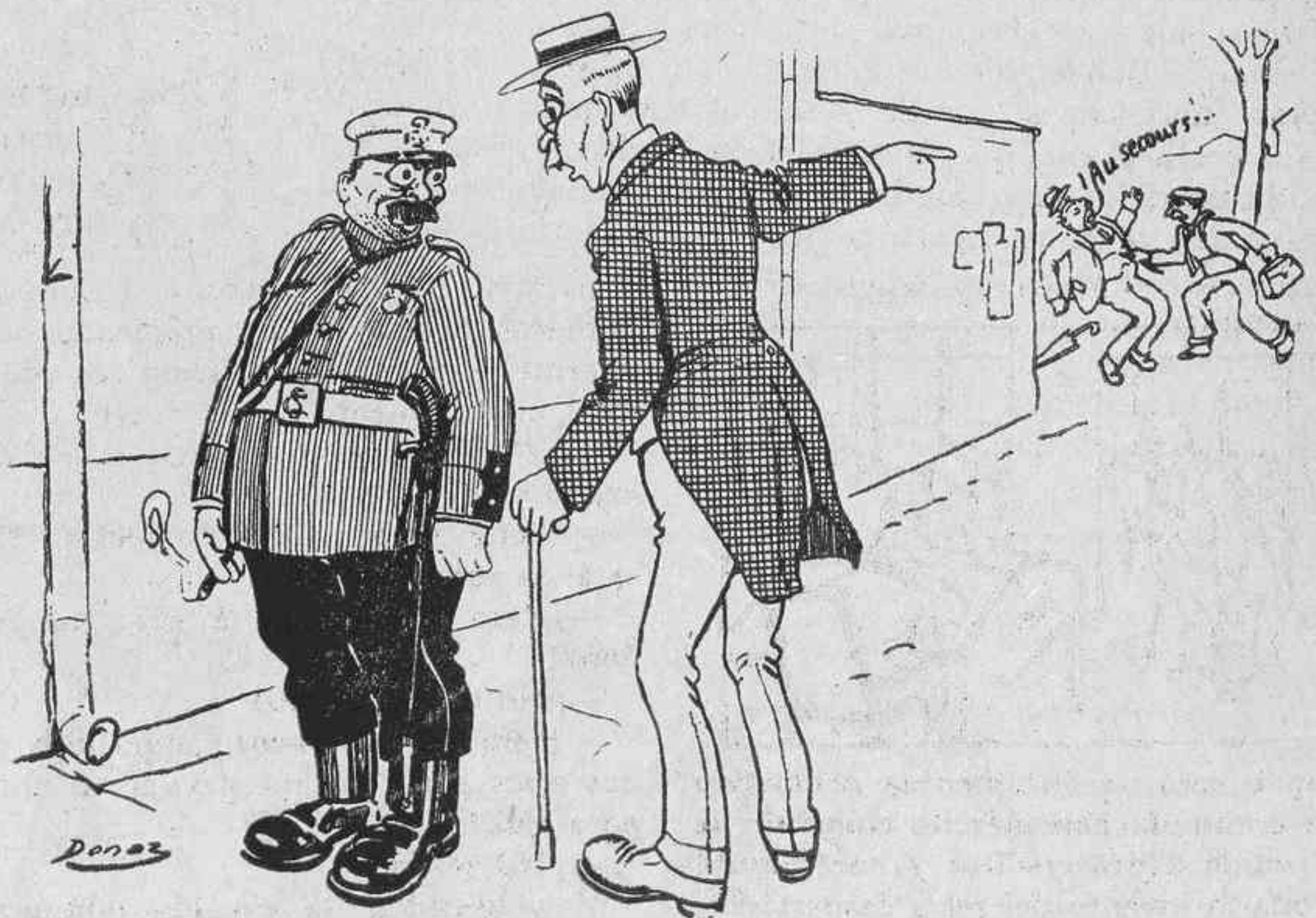
—Puesto que quieres saberlo—dijo—escucha: Desde hace mucho tiempo mi vida á tu lado sólo ha sido una mentira. Ahora que el mal está reparado, puedo confesártelo todo. Si mi conducta no ha sido la misma contigo, es preciso acusar á las preocupaciones y á los disgustos; ellos son los únicos culpables. Tú ignoras las pruebas y los sufrimientos porque he pasado para conservarte en la posición que ocupas... Me ha sido necesario reconstituir por entero nuestra fortuna, absorbida en una catástrofe. A fuerza de luchas, de energía y de trabajo he conseguido volver á nuestra antigua situación... Esto era lo que yo no quería que tú supieses demasiado pronto. Antes de confesarte mi error, quería que las consecuencias estuviesen reparadas.

Muy emocionada, Elena, sin articular una palabra, se arrojó á su cuello llorando.

—Como otras veces, te traigo una alhaja, bien modesta hoy, por cierto... No he encontrado nada mejor—volvió á decir Alberto sacando de un bolsillo un brazalete y colocándolo en el brazo de su mujer—; guárdalo y que nunca se separe de ti. Es un talismán al cual debemos la felicidad que hemos vuelto á encontrar.

Y tomando entre sus brazos á Elena, estremecida por la emoción, la estrechó en ellos durante largo tiempo, amorosamente, como á una cosa amada que se temía haber perdido y que se descubre cuidadosamente oculta cerca de uno mismo.

Gonzalo Seijas.



—Guardia, ¿no oye usted esos gritos?
—Sí señor; pero no entiendo lo que grita.



—De la media docena de sillas que le compré ayer, se han roto cuatro. ¿Cómo se explica usted eso?

—No sé... Como no sea que alguien se ha sentado en ellas...

Las oficinas en verano

Las oficinas públicas, durante el verano, son unos deliciosos, apacibles y agradables lugares destinados á conciliar el sueño.

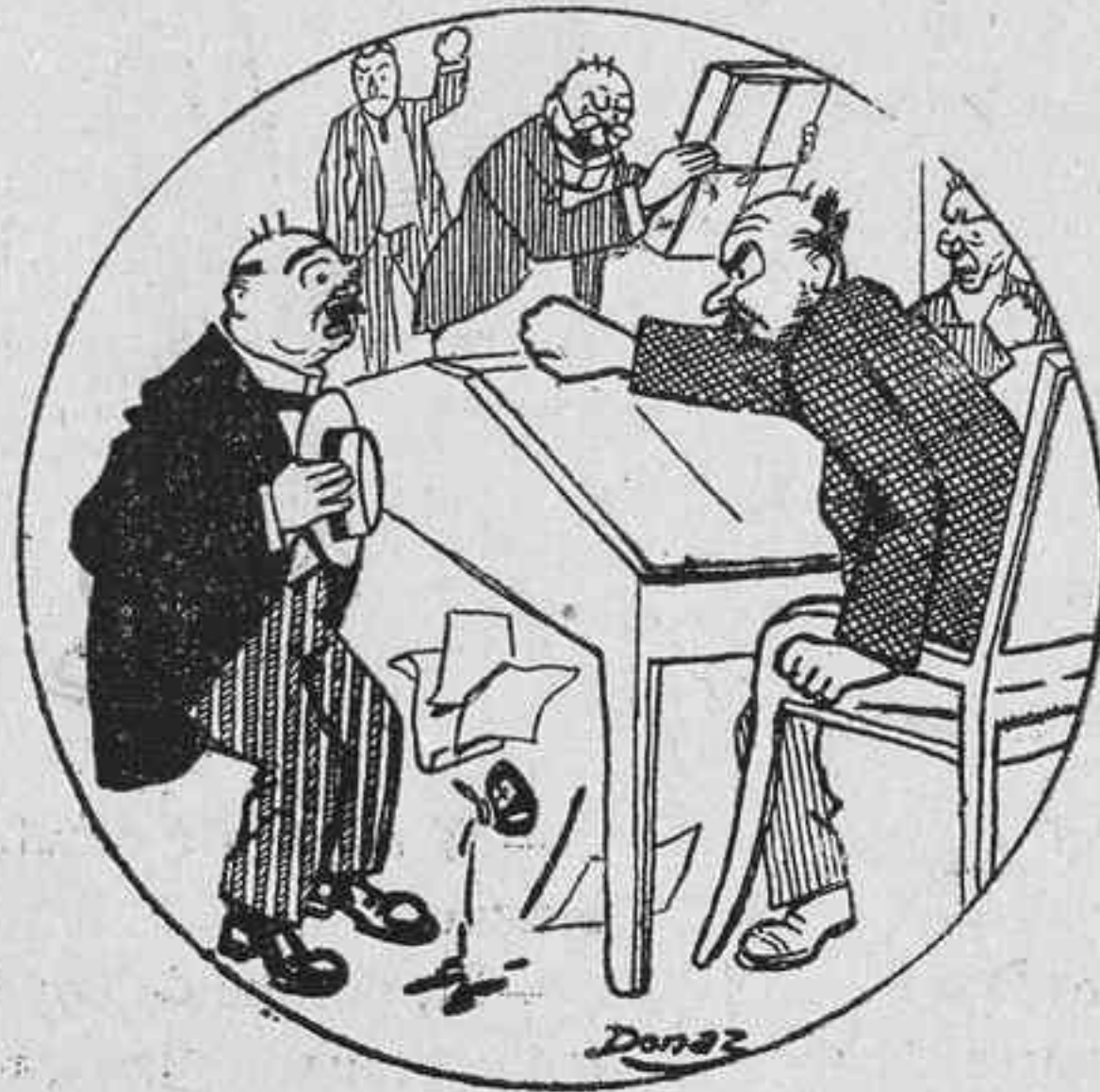
La tramitación de expedientes siempre ha sido una cosa ardua, lenta, trascendentalísima; pero en los meses estivales, esta lentitud se acentúa, viniendo á ser como un pausado y somnoliento ritmo estival. Ello tiene una razonable explicación. Esos hombres heroicos que se entregan denodadamente á la confección de informes, actas, certificaciones, liquidaciones, presupuestos y proyectos no suelen ser, en realidad, ningunos magnates. Todo en en el mundo está más ó menos estrechamente relacionado. Un ser que tiene la extravagancia, en Julio y Agosto, de dormir por la noche—como diría un poeta que yo me sé—, necesita de una habitación aireada, fresca y limpia. De otra manera es imposible entregarse á los dulces brazos del señor Morfeo. Si habita en un pequeño y caliginoso me-



chinal será, seguramente, acometido por ese implacable ejército chinchil que ha venido á desacreditar y hacer inútil el odioso invento del reloj despertador. A los modestos burócratas suele ocurrirles esta malandanza. De ahí el dor-

mitar plácidamente en los muelles y amplios sillones de las oficinas, tras las verdes y defensoras persianas, cosa muy rápida y eficaz para la pronta resolución de los expedientes.

Si tú, lector, hombre que tienes la desventura de haber entregado un asunto á la tramitación burocrática, te personas en un negociado, observarás los siguientes fenómenos: Al empujar la mampara, sonará el timbre escandalosamente en la soledad y el silencio más solemne. Inútil será que trates de encontrar un portero, un ordenanza. El más horrible aislamiento te rodeará. Pero aun te espera otro grande contratiempo. El recinto le hallarás sumido en una temerosa sombra. Caminarás, tropezando con los muebles, á lo largo de los pasillos. De repente, un relumbrar, un tabletear como el del trueno te hará detenerte estupefacto. Este horrisono ruido le producen los armoniosos y musicales ronquidos de los buenos y diligentes empleados que, persuadidos de que la lentitud y la rémora es una costumbre endémica en las



oficinas, no quieren torcer ni destruir este pintoresco y beneficioso hábito.

Primero toserás, te sonarás discretamente tratando de despertar á los durmientes. Inútil. Darás unas tímidas palmaditas. Vano empeño. Al cabo, ya un poco impaciente, sacudirás con la más cortés amabilidad á uno de los empleados, pidiéndole mil perdones y excusándote galantemente. ¡Nunca lo hubieras hecho! A un empleado que duerme es cosa peligrosísima recordarle el cumplimiento de su deber.

—Señor empleado; vengo sobre un expediente...

—Viene usted sobre tonterías. No está en este negociado.

—¡Pero si no sabe á cual me refiero!...

—¡No hay ninguno!

—Hombre, por favor, ¡que llevo ya dos años para que me devuelvan unas pesetejas!...

—¡No sé nada!

Y volviéndole la espalda olímpicamente, tornará con la mayor indiferencia á su somnar.

A cuantos negociados acudas durante el estío te ocurrirá lo mismo. Así es que tendrás que esperar pacientemente la llegada del invierno, aunque entonces tampoco conseguirás tu objeto, porque como entonces hay que tomar el sol, los empleados, ¡no van á la oficina!

Dibujos de Donaz.

Antonio Roldán.

Lo de todos los años

FANTASÍA DE VERANO

Ya el calor nos abruma,
ya el calor aprieta,
ya no cubre la nieve
los altos picos,
ya se acerca el reinado
de «da maleta»
á la que rinden culto
grandes y chicos.
Ya la ola veraniega
rompe sus cauces
é invade la tranquila
playa barata,
ya el calor sofocante
seca las fauces
que ansiosamente piden
la fresca horchata.
Ya las niñas se tapan
con suaves sedas
é incitan al pecado
con sus andares,
y alegran con el novio
las arboledas
y con el novio cruzan
los *bulevares*.
Ya por las mañanitas,
en el Retiro,
á jóvenes alegres
Amor aguarda,
y ante un «¡Nenita mía!»
y ante un suspiro
¡hasta la bandolera
le tiembla al guarda!
De noche, en Recoletos,
se gustan mieles,
hacia un banco del Prado
van una y uno...
¡Y hay que ver los apuros
de la Cibeles,
y hay que ver la paciencia
del dios Neptuno!
Por la plaza de Oriente
dan rienda suelta
á su amor las parejas
con buenos modos,
y tiemblan envidiosos
á cada vuelta,
en sus lechos de piedra,
los Reyes Godos.
Los gorriones anuncian
el nuevo día,
los golfos andan sueltos
como rebaños...
Y aquí, lector, acabo
la fantasía
que es en todo la misma
que en otros años.

Mingo Revulgo.

ESA ES LA FAMA

Juan González, fiando en el acaso,
vino á la corte y villa,
desde no sé qué pueblo de Castilla,
que poco ó nada importa para el caso.
¿Quién era Juan González? Un pobrete
con pocos años, muchos ideales,
dos dramas, tres zarzuelas, un juguete,
y, por todo caudal, sesenta reales.
Llegó á Madrid soñando con la gloria,
y al mes de haber venido,
¡ya contaba sus penas y su historia!
Que así aprieta el problema del cocido.
Desconocido, pobre, despreciado...
á fuerza de sablazos fué viviendo;
todos al socorrerle iban diciendo:
—¡Hoy le hice un gran favor á un desdichado!

... Después de mil fatigas,
ya, *por fin*, su valer reconocieron,
y en un teatro *grande* le admitieron
un drama titulado *Las Hormigas*.
Estrenóse la obra, y fué grandioso
el éxito alcanzado.
Al autor, aquel drama hizo famoso,
¡más no dió una peseta el condenado!
Y Juan, ya envanecido,
otra vez á las gentes acosaba,
porque, célebre ¡y todo!, tropezaba
con el grave problema del cocido.
Y recurrió de nuevo á los de antes...
Un día, al ir á casa,
vi á un amigo de Juan, á un tal Infante,
lleno de ira...

«—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?»
le dije. Y contestó:

«—Ya que me obligas,
te lo diré... ¡la cosa lo merece!...
¡¡González, el autor de *Las Hormigas*!!...
¡¡¡Da sablazos de á duro!!! ¡¡¡¡Te parece!!!!»

Felipe Pérez Capo.



«—¿Y montas á caballo con ese gabancinto... y el tiempo en que estamos?»

«—Si, porque de ese modo me pienso hacer célebre y lograré que todo el mundo diga que soy un ginete de *abrigo*, con lo que en el invierno no me faltará plaza.»



Pues no ¡¡¡¡¡¡¡¡ e es rico... ¿Si supiera donde tiene metida la mano?

CHIRIGOTAS TAURINAS

Le preguntaba Novillo,
á su cuñado Escosura:
—¿En qué se parece un «Miura»
á un trozo de solomillo?
Y él contestó:—Bien se ve
que el parecido consiste,
en que un toro Miura *em-biste*
y el solomillo *en bisté*.

Valentín Mouro (hijo).

ADVERTENCIA

Habiéndose declarado en huelga los operarios de la imprenta "ARTE", donde se imprime este periódico, rogamos á nuestros lectores nos perdonen algunas deficiencias que puedan encontrar por haber tenido que acabar la composición y hacer la tirada nuestros redactores.



GUAJIRAS



Voz

Ay'

ad libitum

u-na no che muy se-re-na


muy lejos se oye un quejido - de un sol da que cae ohe - ri-o en un tecto en sen groya

u-na Por u-na ca-mi-na plena

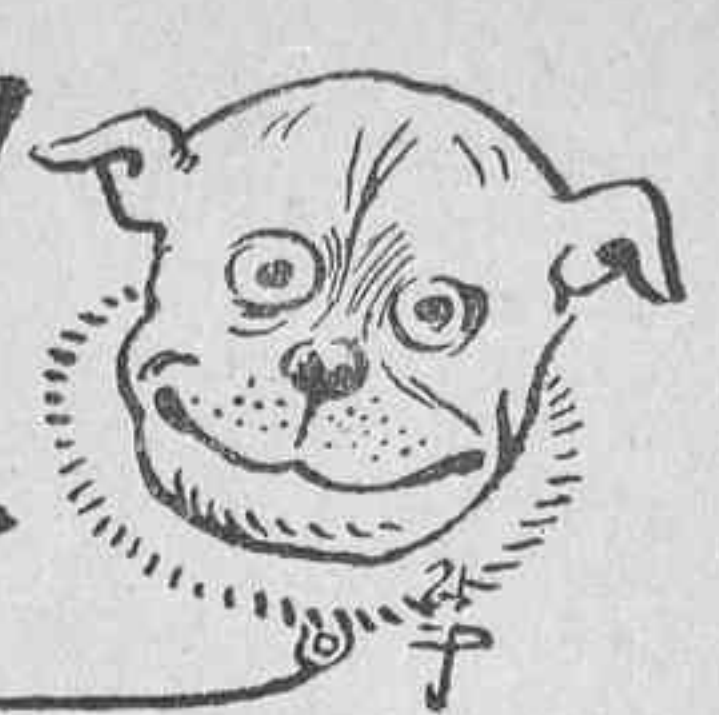
Respauso

nolia nite la Cruz roja y al ver que su sangre no ga el bravo sol da de as-vir-te

que se le acerca la muerte - te por no haber quemado re-cho ga



COAS DE CALINEZ



Queridos lectores de MADRID CÓMICO. Aquí me tenéis solo, completamente solo, como los buenos matadores cuando llega «la hora de la verdad», según el pintoresco tecnicismo de la afición taurina.

Supongo que esta soledad mía habrá de extrañaros grandemente.

¡Claro! Acostumbrados á verme en la sempiterna compañía de «Gedeón», ese gracioso de oficio que desde tiempo inmemorial viene aprovechándose de las conversaciones que con él sostengo para llenar en todos los números la primera plana desu periódico, habréis llegado á suponerme incapaz de escribir por mi cuenta y riesgo ni una sola cuartilla.

¡Pobre abueia mía!

Con esta fecha inauguro, pues, una sección, en la cual, y bajo el epígrafe que sirve de título á la presentes renglones, os haré relación hebdomadaria de cuanto digno de mención ocurra en mis andanzas por estos desventurados Madriles.

¡Ojalá su lectura os haga abrir la boca con frecuencia! Y no en señal de bostezo precisamente, sino de risa, puesto que tal es uno de los objetos principales que persigo al lanzarme de lleno á semejantes aventuras.

Otro es dar en la cabeza, moralmente, desde luego, á «Gedeón» con quien, sépanlo ustedes, tuve la otra tarde un disgusto muy serio en una horchatería por un «quítame allá esas pajas», decidiéndome á la separación.

Su roce continuo con las eminencias políticas y la fama de ingenioso que goza, crearon en él una vanidad verdaderamente insoportable.

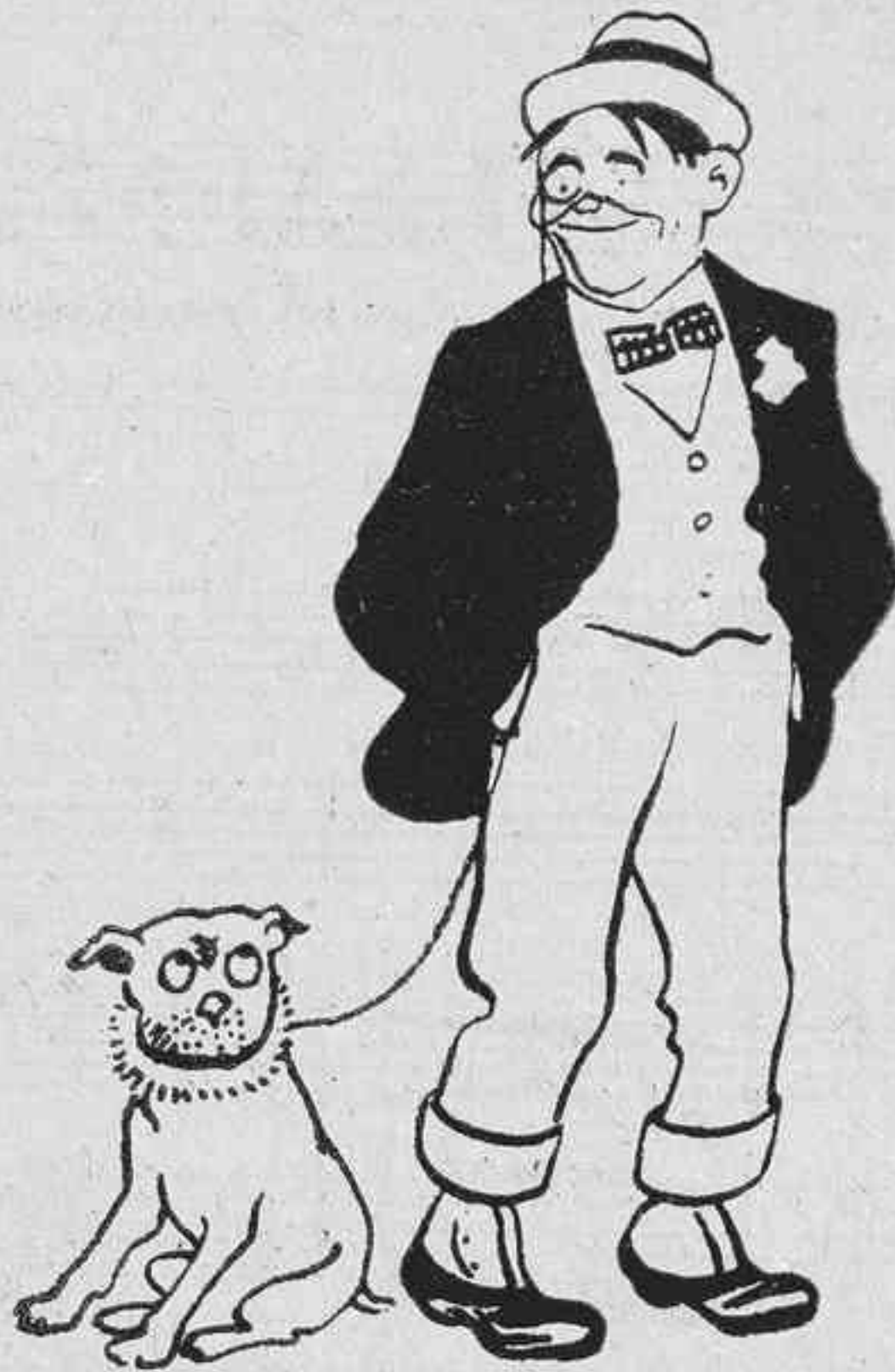


¡Si vieran ustedes qué manera de mirar á todo el mundo por encima del hombro y qué modo de expresarse tan autoritario y poseído de su propio valer cuando visita á alguno de sus ilustres amigos!

Sobre todo cuando le recibe el gobernador, ¡habla con una autoridad!

El acta de diputado que consiguió en ciertas luchas electorales justifica, hasta cierto punto, su actitud.

Los «padres de la patria» no pueden, en ningún caso, confundirse con la mayoría de los mortales, aun cuando ellos pertenezcan también á la mayoría, que en el mundo político viene á ser la más fiel representación del vulgo, cuya misión, castrada por completo de ener-



gías individuales, se reduce, como en los rebaños, á seguir y acatar con sumisión ovejuna, la ruta elegida por el macho que la dirige.

Creo que este parrafito último basta por sí solo para demostrarles mi capacidad literaria, vamos al decir.

¿Qué dicen? ¿Que no es original?

¿Y eso que importa?

Hoy la originalidad no es de precisión absoluta para escalar los peldaños que conducen al pináculo de la gloria.

Por el contrario, basta fijarse un poco en el moderno ambiente, para comprender que hasta llegó á ser casi indispensable tomar de aquí y de allá, sin escrúpulos de ningún género, cuan-



do de conseguir celebridad se trata.

¡Son, desgraciadamente, tantos los que siguen este proceder sin que por eso se averigüe en lo más mínimo la admiración que el público les profesa!

Por este motivo, yo, que estoy en el secreto de cómo se elevaron muchos pedestales, me decido, prescindiendo de «Gedeón», á emprender esta labor periodística, no por festiva menos digna de tenerse en consideración.

¿Por qué regla de tres no ha de brillar la personalidad mía tanto como la de mi compañero inseparable, que como todos los compañeros ha de rabiar unas mijas cuando se entere de que, á partir de la presente fecha, cuenta con un competidor más?

Como tenga la suerte de que mis humildes producciones caigan en manos de un personaje con influencias en el partido conservador, no pierdo la esperanza de ver que á una calle cualquiera se le dá mi nombre.

«y allí mismo un monumento se levanta en mi memoria», según ahora se canta.

Después de todo, á otros con menos motivo se lo han levantado.

¡Oh! ¡Si las faldas hablasen!

Ellas son, han sido y serán el motivo poderoso de más de un encubramiento.

Pero... ¡guarda, Pablo! Dejemos aparte las ironías y las sátiras molestas, que á nada conducen sino á captarse odios y rencores que pueden traducirse en golpes ó sablazos atentatorios á la belleza de mi físico. ¡Y eso sí que sería lamentable para este don

Juan *en corseva*, que, como tal, les está dando su LATA correspondiente!

¡Con lo partidario que yo soy del «eterno femenino»!

Al tocar este agradabilísimo punto no puedo menos de confesar á ustedes, por si no lo sabían, que «donde haya una señora, para mí, que se quite todo».

Este trascendental pensamiento, que pudiera pasar por mío perfectamente, no lo es.

Mi nativa sinceridad impide que deje

su origen en las nebulosidades de lo incógnito, para atribuirme después méritos y honores que no son de mi pertenencia.

La sabia locución que nos ocupa, se debe al fecundo ingenio del eminente D. Carlos Arniches.

«Ego sum qui sum» que dijo «el otro» á quien no tengo el gusto de conocer.

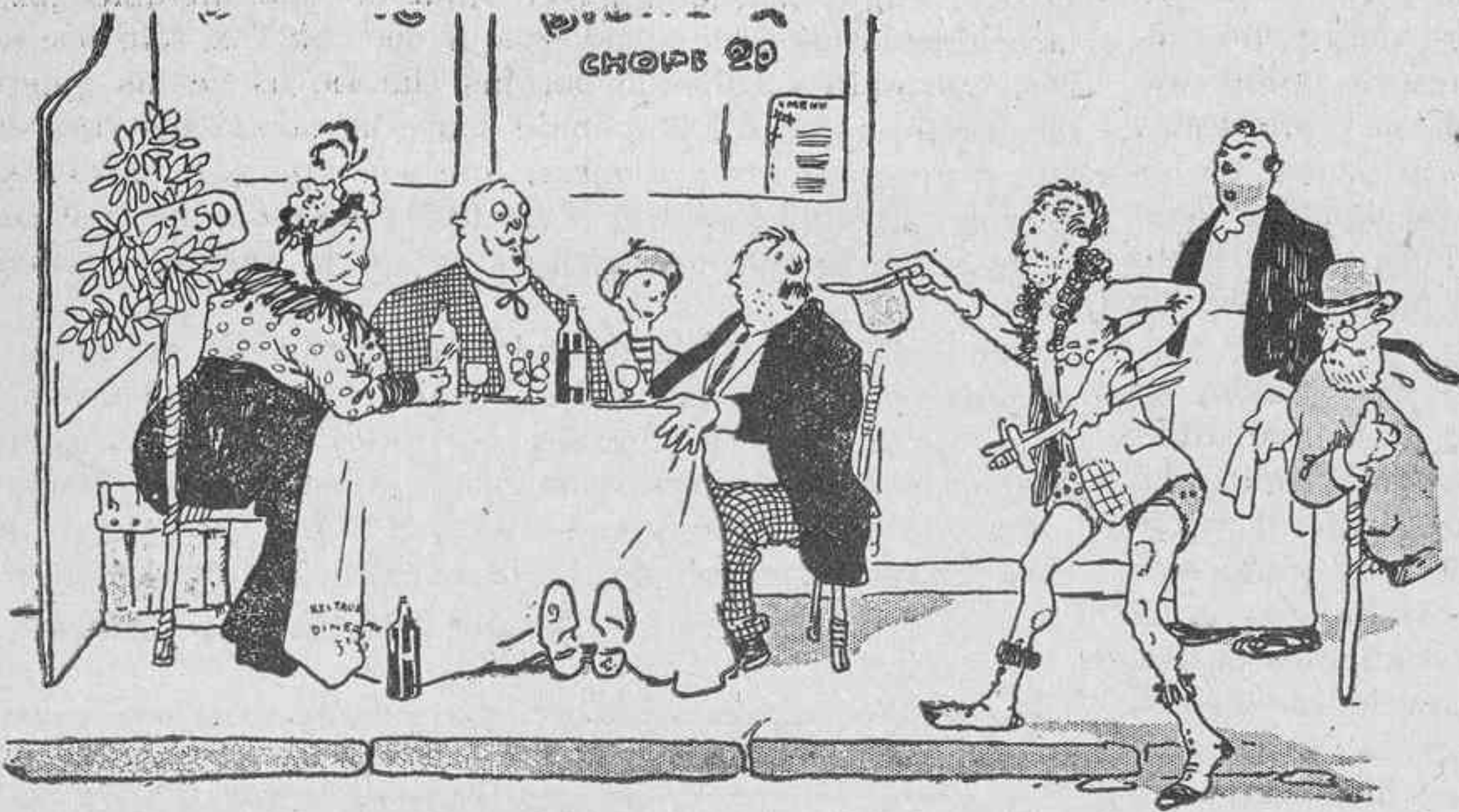
No crean que este latinajo va á servirme de pretexto para la colocación inmediata de unas cuantas citas que me acrediten de erudito.

¿Yo hacer citas? Jamás. Eso sería imitar la conducta de algunos compa-



ñeros y de no pocas compañeras. Y no es por ahí.

Calinez.



—Señores, nosotros pedimos con el único objeto de calmar el apetito.

de la cuestión. Y á preguntas sobre el por qué del suceso, me soltaron al momento y hasta el mismo de la rifa me pidió perdón.

—No entiendo como pudo el ofendido rebajarse hasta el extremo que tú dices.

—Pues es fácil.

—¿No le llamaste rifeño?

—Sí, señor.

—¿Y no es insulto á un hombre llamarle eso?

—A un hombre sí, pero al tío de la rifa, ni por pienso.

—Chico, como no te expliques te juro que no te entiendo.

—Pues es más claro que el agua y la cosa la ve un ciego.

¡Siendo dueño de una rifa por fuerza que era un rifeño!

J. Fernández del Villar.



Lógica chulesca

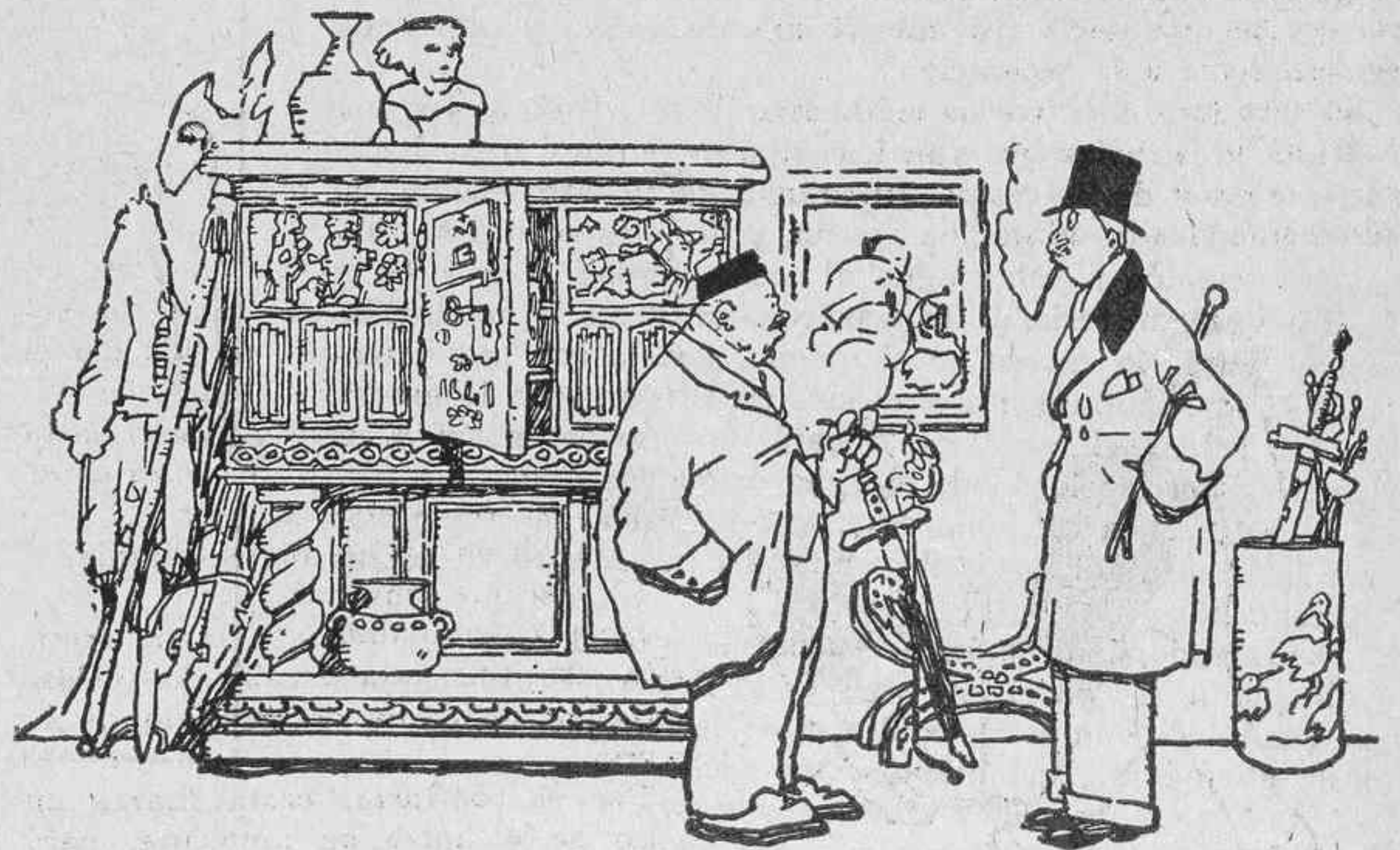
—Pero, cuenta: ¿qué ha pasado?

—Pos ná, chico, que el Cerero y yo nos fuimos anoche á la kermese del Centro y compramos papeletas de la rifa, cno objeto de probar nuestra fortuna. Pero fué el caso que habiendo metido cinco *beatas*, que era tó nuestro dinero, ni una sola papeleta salió premiada.

—Lo siento.

—Yo no me mostré ofendido; sólo le dije al mancebo que nos dió las papeletas: amigo, es usted un rifeño. Pero chico, se conoce que el hombre lo tomó á pecho y me arreó cuatro tortas que sonaron como truenos. Yo, claro está, me repuse y le solté con el fresno unos cuantos estacazos en diagonal. El mancebo vociferó, y la kermese quedóse como el desierto

en dos minutos. Los guardias bien pronto nos condujeron á la comi del distrito para aclarar los extremos



—¿Por unos muebles tan viejos tiene usted el atrevimiento de pedirme tres mil pesetas?

—Como que son del siglo XVI.

—¿Y no me los podrían hacer del siglo XVI más baratos?

Desde mi celda

LA MISA

Es mañana de domingo. Desde bien temprano empiezan á oírse las campanas de vecinas iglesias que, con su monótono tañer, recuerdan á sus fieles el cumplimiento del precepto divino que manda santificar las fiestas.

También los madrileños jóvenes, gente de buen humor y madruguera, las santifican á su modo. Así, á través de estos muros de ladrillo, severos y fuertes, pero sin esa aristocrática gentileza de los que circundaban castillos medioevales, llegan hasta la ascética soledad de mi celda, el cascabeleo frívolo y alocado de risas femeniles y gritos alegres de mozos cortejadores y galantes, que son un canto de optimismo juvenil á la vida, que es bella y es alegre á los veinte años, cuando el corazón salta de gozo en el pecho al pensar en las cerezas de unos labios de mujer, que ríen con donaire y con picardía, y en el cerebro hay ilusiones de gloria y de triunfo para el porvenir, que no segaron todavía el filo de la hoz de los desengaños.

Este grupo de jóvenes que pasan riendo y cantando, en la mañana azul, plena de sol, son, sin duda, ellas, modistillas alegres y frívolas y dicharacheras. Flores desprendidas á ese ramillete de muchachas bonitas y locuaces, que al medio día y al anochecer, ponen en las calles de este pintoresco Madrid, el triunfo de sus donaires, un poco chulones, y la gracia de su perlineo reír agitanado. Ellos, estudiantes de Facultad. Pícaros de sombrero de paja y pantalones sueltos, más duchos en el atrayente encanto de amorosas lizas callejeras y en juegos de billar y de naípe que en filosofías y botánicas.

Van hacia la Moncloa á gozar de la frescura de las primeras horas mañaneras y á refugiar sus alocados reires en las sombrías alamedas del parque goyesco, que en su augusta soledad, es lugar propicio para sus inocentes escarceos. Por el camino suena á veces un grito desgarrado de alguna de las jovencitas, y el entrecejo, libre de preocupaciones, se frunce en un montón de arrugas, y la boca, plegada en mohín de seriedad, semeja un capullo de rosa sin abrir. Es la protesta al pellizco que en sus morbideces puso la mano aviesa de algún atrevido cortejador. Pero pronto desfrunce el entrecejo sus arrugas, el mohín de la boca se despliega, y otra vez el triunfo de la risa alegre su cara pícaro y agitanado de maja.

Desde aquí, á través de los hierros de mi ventana, veo con envidia los árboles que van á cobijarles durante unas horas de alegría y de holganza. Jugarán á «las cuatro esquinas», «las prendas» ó «la gallina ciega», y después vendrá la obligada excursión á beber agua al «caño gordo». Y allí, entre el frondoso misterio de la arboleda, mientras la modistilla, echada atrás la cabeza en abandono, festeja con una carcajada el atragantamiento que puso en su garganta lo excesivo del chorro, el estudiante robará un beso de pasión á los labios de terciopelo donde el agua dejó unas gotas perlinas. Y la boca de la niña inocente, que no sabía del amor más que la insulsa parlá por el camino del taller, sabe ya de sus perversidades.

Desgarrado, inarmónico, resuena el toque de una corneta á la que se escapa el aire más de lo debido. Es la llamada para la misa. Con estrépito descorder de cerrojos, van abriéndose las puertas, simétricas como nichos, y quedan entreabiertas como un palmo, fuertemente sujetas al quicio por un hierro. De esta manera, como el Cristo está en vértice, el del abanico que las galerías forman, y todas las puertas abren hacia ese lado, los reclusos, sin verse unos á otros, pueden ver el altar, donde, bajo un dosel de terciopelo obscuro—que

semeja en el reverberar de los colores—destaca, sobre la cruz de madera, la figura doliente del Cristo escarnecido y maltratado.

Por delante del altar, cruzan los *micos*—en la prisión llaman así á los menores de diez y seis años—, peladas á rape las infantiles cabezas—en cuyo interior ya tiene un germen el delito—, uniformados, con blusas azules, ribeteadas de blanco, y van, sin duda, á colocarse en lugar á propósito para ver la misa, pero que yo no puedo atisbar desde la abertura de mi puerta.

Suena la pequeña campanilla «de ayudar», violentamente sacudida por el preso que actúa de monaguillo—un zagal que tiene en su cara el sello de todas las picardías y de todos los vicios—, ocupa el director su sillón frente al altar, y comienza el piadoso acto.

En toda la prisión reina un silencio augusto, verdaderamente religioso, que unge el alma de una inefable paz en la aridez de los días pasados aquí dentro. Tan sólo los pájaros, entrando y saliendo por las claraboyas de las galerías, desgranán como un homenaje sobre la cabeza del sacerdote, sus trinos parleros y alegres, que son un canto de libertad. El sol, penetrando á través de los cristales, pone sus zureos reflejos en la púrpura sangrienta de la casulla, recamada de oro.

Suena la campanilla tocando «á alzar». El sacerdote eleva entre sus dedos la Divina Hostia, de una blancura diáfana, impecable. Y los presos, postrados de rodillas ante las aberturas de sus puertas, bajas las cabezas en un gesto humilde de resignación, ven elevarse sobre sus conciencias, manchadas por el crimen, la pureza del Dios del sacramento.

Diego Martín del Campo.



—Parece mentira que unos hombres tan robustos se dediquen á hacer de caballo de carrera.

—Y lo peor es que si son casados tienen que correrla por necesidad.

EL ADIÓS

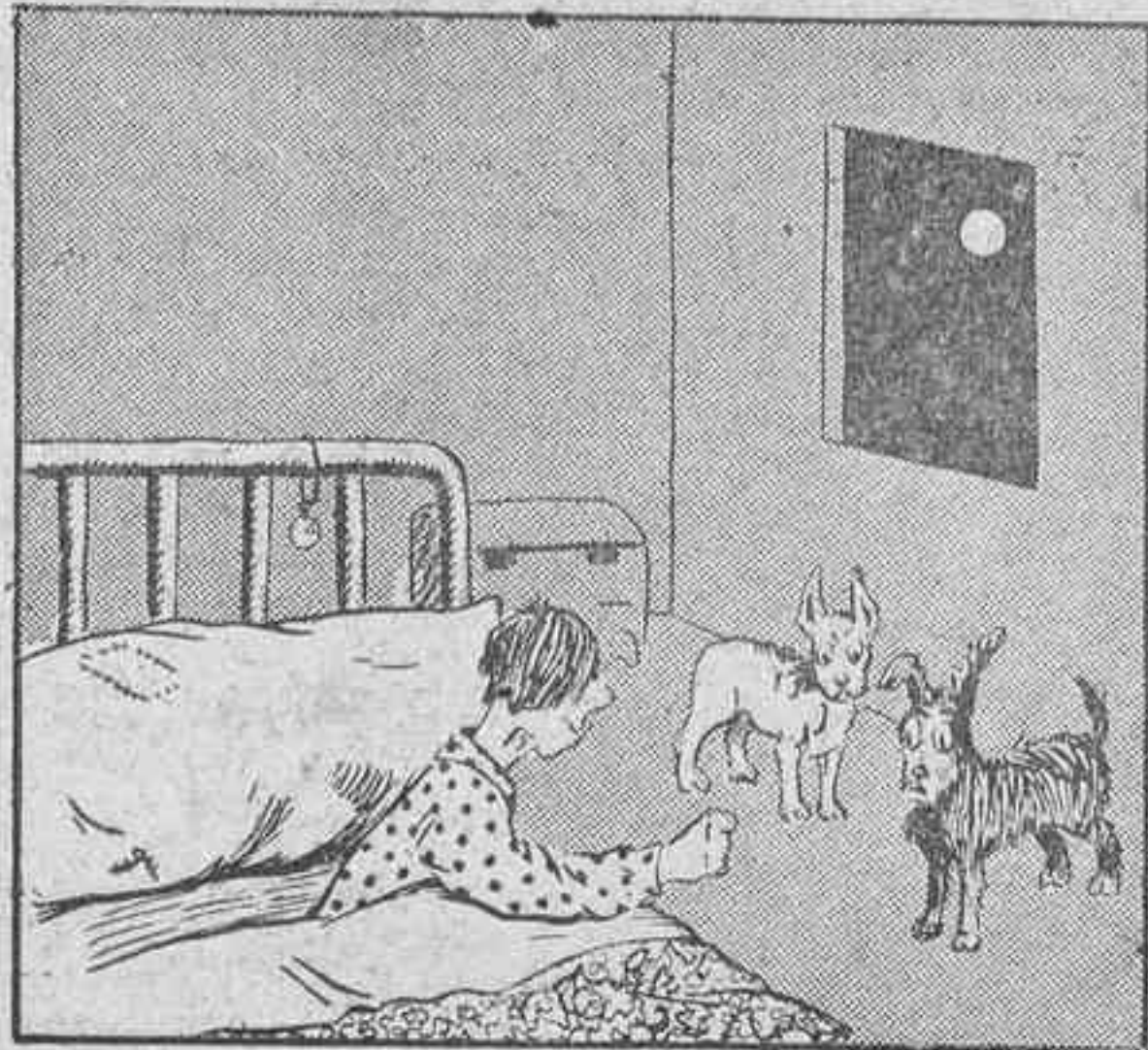
F. REYGER



—¡Qué hermoso cuadro!
—¿Cuál, desvergonzado?
—El de la despedida, mujer.

LOS PERROS GUARDIANES

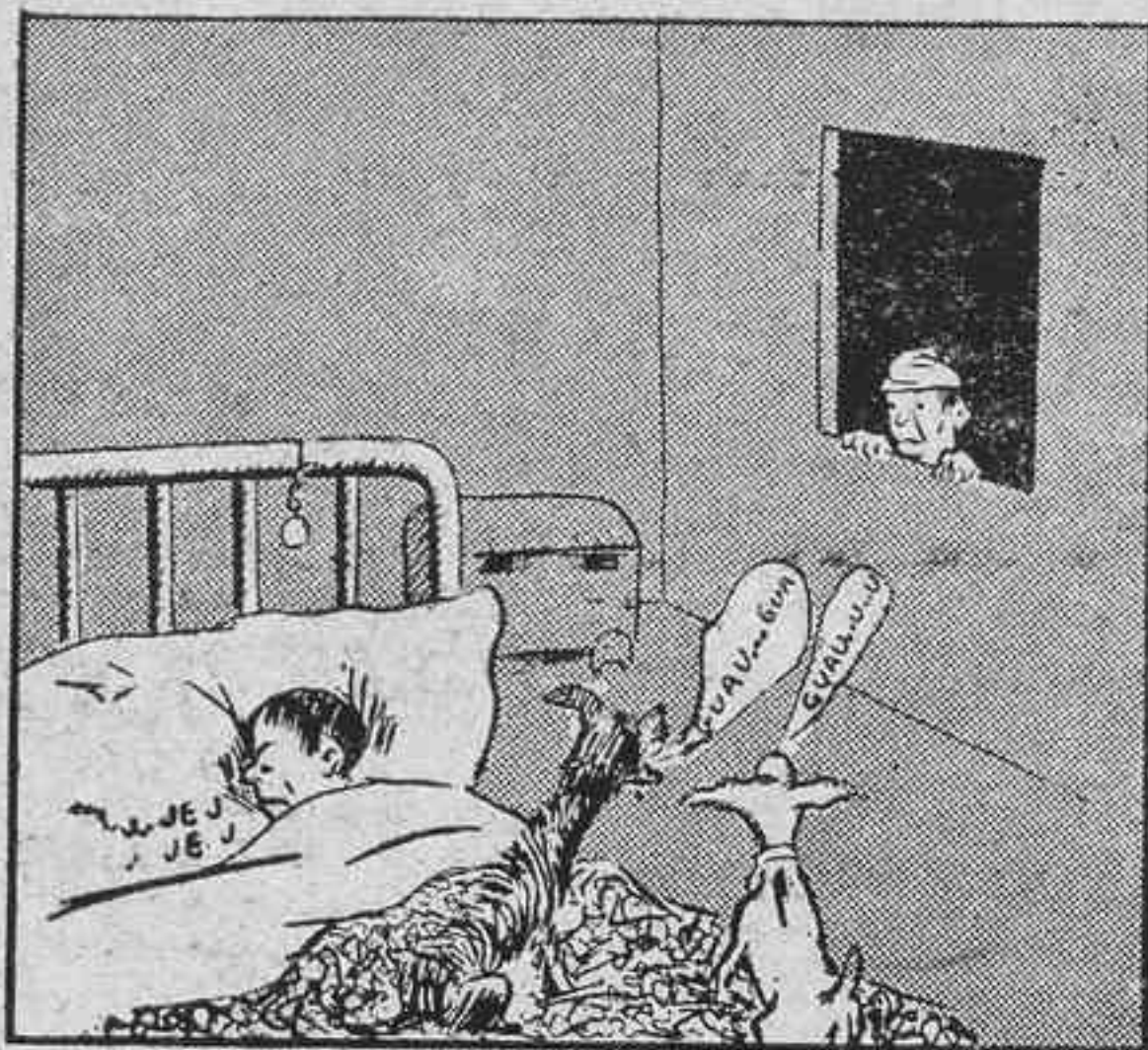
(Historieta cómica.)



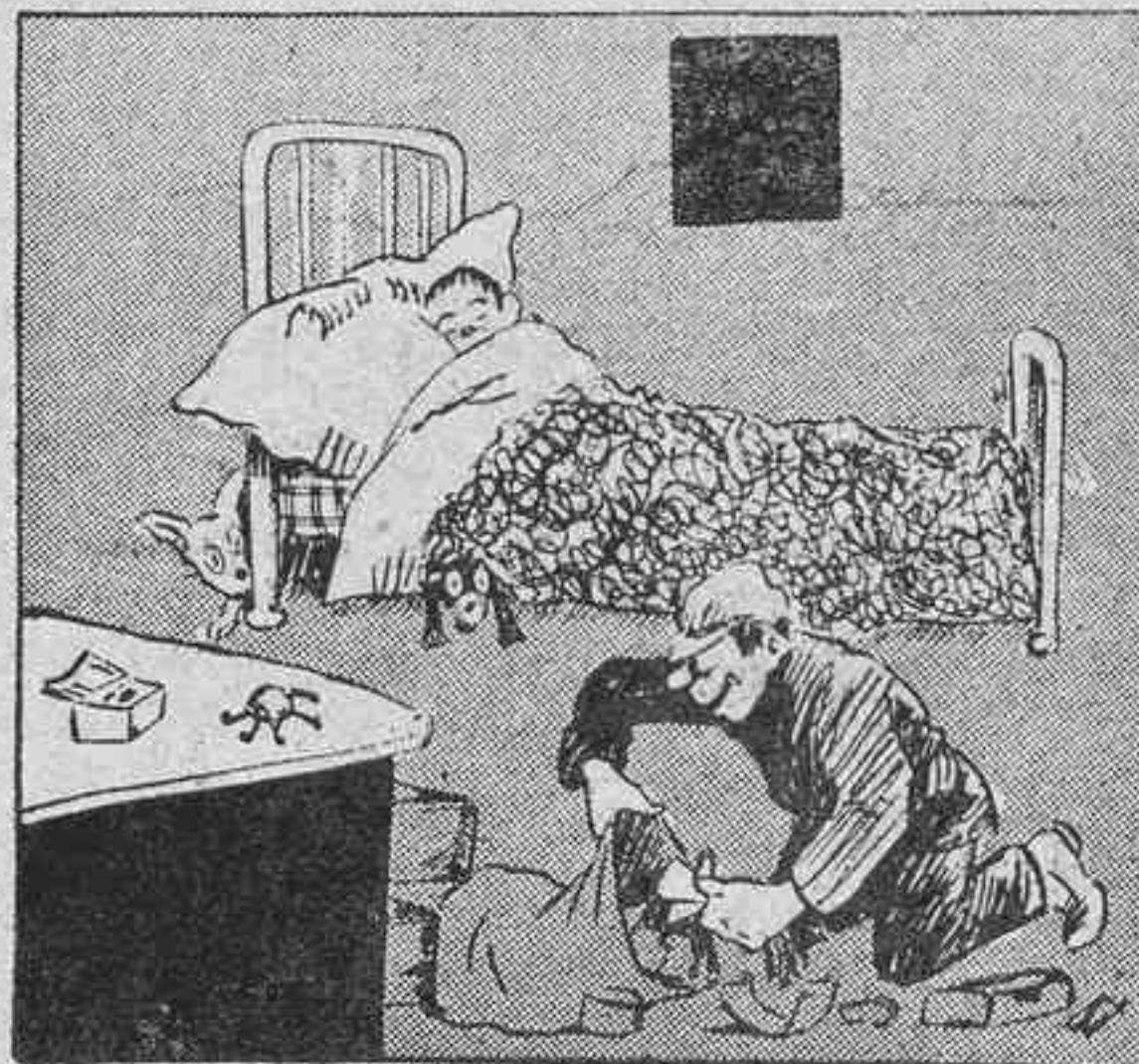
1.—Don Cirilo en vez de agradecer la llamada de sus guardianes, los reprende por haberle despertado.



4.—Ante el temor del castigo, los chuchos se ponen un punto en la boca á pesar de ver entrar por la ventana un hombre desconocido.



2.—Vuelve á dormirse Don Cirilo, y los perros vuelven á avisarle de que alguien pretende entrar por la ventana.



5.—El caco no se anda con reparos y vacía todos los cajones.



3.—Fuero de sí, vuelve á despertarse y los promete numerosos puñetazos si reinciden.



6.—El caco escapa con todo lo robado, dejando á los perros asombrados.

UN VIEJO POLÍTICO

(MONÓLOGO)

Políticos que de un dueño sois los fieles servidores, mostrad en cosas mejores, más útiles, vuestro empeño. Despertad de vuestro sueño si no queréis naufragar en el proceloso mar que surcáis en ruín barquilla, y oíd la forma sencilla para aprenderlo á cruzar.

El año setenta y tres fui republicano neto; después, prudente y discreto, mudé el traje del revés, porque sano y bueno es el variar de posición, y me apoyo en la razón de que en el árbol caído no hace el pájaro su nido por prudencia y precaución.

Así es que en cuanto cayó el árbol republicano, díjeme. Busca otra mano que te levante, yo no. Otro partido subió y en sus filas me alisté; cambié el partido y cambié la casaca de otro lado, y así vivo desahogado con buen destino y *parné*.

Quando los conservadores son los amos del cotarro, yo á sus faldones me agarro prodigándoles loores; así los puestos mejores, son para mí desde luego. ¿Que hay que ser lego? Pues lego devoto, humilde y sencillo, me doy golpes de ladrillo y digo pestes de Riego.

Si triunfa la democracia me marchó con don José, aunque decir debí que poco esperó de su gracia. Mas con arte y diplomacia, y con astucia y paciencia, y esta sublime elocuencia —vencedora en cien torneos contra creyentes y ateos—, saldrá triunfante mi ciencia.

Tú, político inocente, que á un solo dueño eres fiel, no alcanzarás el laurel ni un puesto medio decente. Mira que el ser consecuente nada vale en estos días; déjate de tonterías; sigue, pues, este consejo, que soy político viejo y hecho á *politiquerías*.

Gabino Peraita.

INFORMACIÓN TEATRAL



—¿De manera que tú no estás enterado de nada?

—De nada absolutamente; me considero en este caso la famosa portera del ruidoso crimen de la calle de Fuen-carral...

—Ya sé quien dices...

—Desembucha esa historia cómica-lírica-teatral, que debe tener más miga que cien libretas...

—Pues, verás: Se trata de una hermosa tiple del género chico, que, por causa de su ideal palmito, labia gitana y atractivos sin fin, ha motivado un serio disgusto entre su amante y otro que pretendía serlo á toda costa y coste, y gracias á que á este último se le ha ido «toda la fuerza» por la boca, que si no, á estas fechas hay algún cadáver en este interesante «terceto».

—¿Quién es ella?

—Una mujer, una tiple del género chico, ya te lo he dicho...

—Pero, su nombre...

—Ocultáse entre el ramaje de la palabra de honor que he dado de no descubrirla... ¡Vaya una frasecita!...

—Eres un Maura en «canuto»...

—Conténtate con saber con detalles del suceso, y date por muy satisfecho.

—Algo es algo; tú dirás...

Dicha tiple, llamémosla X...

—Llamémosla H... como quieras.

—Llevaba dos años de relaciones formales, hasta cierto punto, con un «punto» más que filipino...

Hace cosa de tres meses, el mencionado sujeto, llamémosle también por una letra, L...

—¡Ele! No hay inconveniente...

—Se presentó en el domicilio de X, dispuesto á tirar por la calle de en medio á todo trance.—Por poco le tiran á él por el balcón.— El tal L, bajo un pretexto pueril, acariciaba...

—A X...

—Acariciaba la idea de terminar en aquel mismo instante sus amores con la tiple. ¿Motivo? El cansancio del idilio empezado en tiempos mejores, el aburrimiento que sentía hacia X, en una palabra.

—No tiene nada de extraño.

—Claro que no; pero á la aludida artista le supo la determinación de L, á cuerno quemado...

—A cuerno... ¿no podrías «colocar» la frase en plural?...

—El tenorio en «acción», con muy buenos modales le dijo que no podían

continuar aquellos descarriados amores, porque se casaba dentro de un mes; le llamaba la iglesia...

—¿Y ella?...

—Después de decirle que se hiciera el sordo, le «obsequió» con unos arañazos, que le pusieron el rostro que ni una falsilla... A los arañazos siguieron las voces consiguientes, los epítetos malsonantes, desmayos «teatrales», ¡qué sé yo!... El escándalo que se armó en la casa fué mayúsculo; á la habitación de la tiple subieron varios vecinos, la portera y dos guardias que, por casualidad, se hallaban en la esquina de chicoleo con una hembra de las que por las noches venden sus encantos por las calles de Madrid...

—Me supongo el desenlace en la Comisaría...

—Eso quería ella; pero él, valido de su «aristocrática» autoridad, puso orden en la cosa, y á los del «orden» los puso en la escalera, en compañía de los curiosos que penetraron en la estancia de su adorado tormento, ¡y tan tormento!

—Más que adorado, desde luego...

—El galán, «gallardo y calavera», dió por terminado el incidente con la tiple, ofreciéndola una suma considerable de dinero, si le prometía dejar en libertad de acción, sin entorpecerle su matrimonio.

—X, como si lo viera, se puso en razón...

—Aceptó el ofrecimiento de L, á los tres ó cuatro días le fué entregada la cantidad convenida, y «nuestro hombre» comenzó á soñar con el himeneo; pero, llegó un momento en que se «desveló», ó mejor dicho, que sus ilusiones dieron al traste con su proyectado cambio de vida. La que iba á ser su esposa falleció repentinamente, y además de quedarse compuesto y sin novia, sufrió un tremendo disgusto.

—¡Calcula!...

—Que vino á aumentársele al dirigirse de nuevo á X...

—Me lo suponía.

—Ella había encontrado un «ocio» que en nada desmerecía de L; guapo chico, con dinero y con un HP de 40 caballos que, con frecuencia, vemos rodar por el paseo de la Castellana...

—¿Es?...

—¡El mismo!... Lo has acertado...

—Al enterarse L del pollo del «auto»... ¿Cómo te parece que le llame-

mos á éste? ¿Jota?...

—O habanera, me es igual...

—¡Chistoso!...

—Le llamaremos erre. Pues al enterarse L que R se entendía con X...

—¡Rediez!... ¡Esto parece un problema aritmético!...

—Excuso decirte la que se armó... Los dos rivales llegaron á desafiarse, sin que, por fortuna, llegaran al campo del honor...

—Se quedarían en el Campo del Recreo... Bien pensado... son de los míos...

—Intervinieron varios amigos de ambos, que les convencieron de que iban á hacer una tontería batiéndose por esa mujer que, á espaldas de uno y de otro, les hacía muy poco favor en su comportamiento...

—Hubiera tenido gracia que tras de «berrendos» apaleados... Es decir, que ella...

—Una «gachí» de una vez que, por último, ha tenido la feliz idea de salir para el extranjero, en donde, según noticias, se encuentra en un teatrillo actuando de cupletista, y con una corte de admiradores que, riéte tú de *La corte de Faraón*...

—Por lo que más quieras, por un bok de cerveza, por un bocadillo, dime el nombre de esa prójima...

—Es muy fácil dar con su nombre, toda vez que la conoces de sobra y ha trabajado mucho en los principales coliseos de esta Villa del Oso del Madroño y de Ruiz Jiménez.

—¿Es alta? ¿Rubia? ¿Gruesa?

—No muy alta, pelirubia, más bien delgada.

—¿La...?

—¡Quiá!...

—Entonces...

—Tampoco... Si dentro de unos días no aciertas quien es, te confiaré su nombre en secreto, siempre que me prometas ni descubrirla, ni descubrirme á mí...

—Prometido...

—Pues á pensar, ya que la curiosidad te pica tanto...

—¿Quién será?... ¿Quién será?... ¿Quién será?...

Colirón.



PAPEL AMIANTO



FONDO LISO

LAVABLE

INALTERABLE

A LA LUZ

Patentado

Florentino Diaz

Pintura::Revocos

Carmen 21: Madrid: Tel. 2007